B. Martín Sánchez

LOS MILAGROS EN LA BIBLIA

y los obrados por los santos y por mediación de la Virgen

¿Qué hacemos que este hombre hace muchos milagros? Si lo dejamos así todos creerán en Él. (Jn. 11,47-48) (si fueran consecuentes debían seguir a Jesús y creer en Él)

EDITORIAL APOSTOLADO MARIANO
C/. Recaredo, 44 - 41003 Sevilla

ISBN: 84-7770-577-1
D.L.: Gr. 1502-2001
Impreso en España

PRESENTACIÓN

Queridos lectores:

Después de haber escrito el libro: LAS PROFECIAS EN LA BIBLIA, me decido a escribir el presente con el título: LOS MILAGROS EN LA BIBLIA, por ser de sumo interés saber el gran valor de ellos, pues, como podemos ver son el sello de Dios.

En este libro presento una recapitulación de los principales obrados en el Antiguo Testamento, y también los realizados por Jesucristo en el Nuevo, de los que nos hablan claramente los Evangelios.

Además de estos añado algunos de los obrados por mediación de los apóstoles, y de otros de diversos santos y los realizados por mediación de la Virgen María.

Empezaré explicando qué es un milagro, si los hombres pueden hacerlos, para qué sirven, y si es posible su existencia en la actualidad.

Interesa grandemente saber que existen y reconocer su gran valor, porque ellos prueban que Jesucristo es Dios y si siguen realizándose es que Dios ha dado tal poder a los hombres.

Y al saber que Jesucristo es Dios, este hecho nos obliga a todos a vivir como verdaderos cristianos y a cumplir sus enseñanzas.

BENJAMÍN MARTÍN SÁNCHEZ.

LOS MILAGROS EN LA BIBLIA

¿Qué es un milagro y quién puede hacerlos?

Milagro (de la palabra latina *miráculum*, cosa admirable y maravillosa) es un hecho sorprendente, maravilloso y sensible, capaz de ser visto o percibido por los sentidos, que no puede ser producido por la naturaleza o causas naturales, sino solamente por Dios, como la resurrección de un muerto, la curación momentánea de un ciego o un tullido de nacimiento.

«Milagros verdaderos, dijo el Cardenal Belarmino, son los que sólo Dios puede obrar, es a saber, aquellas cosas que no tienen causas naturales, no ocultas ni manifiestas, y por tanto son admirables no sólo a los ojos de los hombres, sino también a los de los demonios y de los ángeles» (de notis Eccles. 4,14).

¿Pueden hacer los hombres milagros? No hay duda que los pueden hacer si Dios les comunica el poder de hacerlos. En el Evangelio se nos dice que Jesucristo prometió un día a sus apóstoles una comunicación de su poder soberano de taumaturgo. He aquí las maravi-

llas que seguirían en todas partes a los que creyeran en Él: *«A los que creyeren, les acompañarán estos milagros: en mi nombre lanzarán los demonios; hablarán lenguas nuevas; tomarán en las manos serpientes, y si bebieren veneno mortal, no les dañará, sobre los enfermos podrán las manos, y éstos sanarán»* (Mc. 16,17-18).

De hecho, como a continuación veremos, Dios ha hecho muchos milagros y sigue haciéndolos por medio de la Virgen María, y los hizo en los primeros siglos por medio de los apóstoles y continúan haciéndose hasta nuestros días.

¿Para qué sirven los milagros? Jesucristo hizo muchos en su vida, y bien podemos decir que los milagros son las credenciales de su misión divina. Él no sólo hizo los milagros que se nos narran en los Evangelios sino otros muchos más, y así lo leemos al final del Evangelio de San Juan: «Otros muchos milagros hizo Jesús en presencia de sus discípulos, que no están en este libro (de los Evangelios); mas éstos se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y creyendo tengáis vida eterna en su nombre» (Jn. 20,30-31).

¿Es posible que haya milagros?

No faltan quienes digan que no es posible el milagro, porque las leyes de la naturaleza son inmutables. Es cierto que estas leyes son inmutables, pero no hasta el punto que no soporten ninguna modificación. El milagro no cambia en nada el orden general de las cosas. Se trata de una excepción, y sabido es que las excepciones confirman la regla. Sin esto, si el milagro no fuera una excepción pasajera y sobrenatural, ya no sería milagro.

Dios es el Creador del mundo, y Él que estableció las leyes de la naturaleza, puede, en virtud de su dominio soberano, derogar estas leyes sin dejar de ser inmutable, porque prevé y decreta las derogaciones al mismo tiempo que establece las leyes.

Negar la posibilidad del milagro, es negar la soberanía y la omnipotencia de Dios. También vemos que el hombre ejerce diariamente una acción sobre las leyes naturales por cuanto a cada paso modifica sus efectos, vg. la medicina detiene, desvía, neutraliza la ley natural que conduce un enfermo a la muerte... La naturaleza de un manzano consiste en dar manzanas. ¿Es imposible hacerle producir pe-

ras? Nada más sencillo. Por medio de un buen injerto la cosa está hecha...

Así pues, si el hombre interviene a cada instante en la naturaleza, cuyas fuerzas encadena o centuplica, según le place, ¿Dios no podrá hacerlo? El hombre puede detener el curso de un río con un obstáculo, ¿y Dios no hubiera podido suspender en un instante el curso del Jordán, por medio de esa barrera invisible que se llama omnipotencia.

No hay duda que los milagros existen, luego son posibles.

MILAGROS REFERIDOS EN LA BIBLIA

1) Los narrados en el Antiguo Testamento. Estos son muchos y citaremos entre otros los siguientes:

- **El nacimiento de Isaac**. Cuando Abraham tenia cien años y Sara, su mujer era también anciana y estéril, Dios se les presentó en Mambré, junto a Hebrón en la figura de tres jóvenes, y le dice: *«A otro año, por este tiempo, volveré sin falta y Sara, tu mujer, tendrá un hijo»* (Gén. 18,10; Rom. 4,10) y todo se cumplió. Es un milagro y verdadera profecía a la vez.
- **Moisés**, en cuyo tiempo tuvieron lugar: Las plagas de Egipto (Ex. 7 ss); el paso de mar Rojo: *«Los hijos de Israel entraron en medio del mar, a pie enjuto, formando para ellos las aguas una muralla a derecha e izquierda»* (Ex. 14,22); el agua amarga convertida en dulce; la lluvia de codornices, el maná por espacio de cuarenta años; el agua manando de una roca (Ex. 15,25;16;17 y Núm. 11); el florecimiento de la vara de Aarón (Núm. 17).
- **Balaam** y la burra que habla (Núm. 22,28 ss), pues como leemos en el N.T.: *«Dios para*

confundir la soberbia de un profeta hizo que un jumento con palabras humanas hablase» (Ped. 2,15).

- **Elías** multiplica la harina y el aceite de la viuda (1 Rey. 17 y resucita a su hijo (id.) consigue la lluvia (18), pasa con los pies enjutos el Jordán (2 Rey. 2,9s).

- **Eliseo** hace saludables las aguas de Jericó (2 Rey. 2,19 ss); resucita al hijo de la sunamita, cura al siro Naamán (4,33 y 5), etc.

2) Milagros en el Nuevo Testamento

- **¿Hizo milagros Jesucristo?** Basta leer los Evangelios y en casi todas sus páginas encontraremos algún milagro.

- **Obró milagros sobre la naturaleza.** A su voz el agua se convierte en el vino generoso de las bodas de Caná, que honró con su presencia (Jn. 2); con cinco y siete pequeños panes alimentó en el desierto una vez 5.000 hombres, y otra 4.000, sin contar las mujeres y los niños (Mt. 14,19 ss); la pesca milagrosa, que casi se rompe la red de los apóstoles (Lc. 5,4s; Jn. 21); el caminar sobre las aguas (Mt. 14,25s); el mandar al mar alborotado que se calme, de

tal manera que sus apóstoles clamaron entonces: *«Quién es éste que hasta el viento y el mar le obedecen?»* (Mt. 8,27), etc. ¿Quién iba a ser, sino Dios?...

- **Jesucristo obró milagrosamente sobre las enfermedades.** El habla y los sordos oyen, los ciegos ven, los leprosos son purificados, los cojos andan, los paralíticos se levantan y llevan su lecho, los enfermos son curados por centenares...

- Jesucristo obra milagrosamente sobre la muerte, esa enfermedad irremediable y suprema, ese poder universal invencibles. A la viuda que sigue el cortejo fúnebre a las puertas de Naím, le dice: *«No llores»* y le devuelve vivo a su único hijo (Lc. 7,11s). Entra en la casa de Jairo, y dice a su hija difunta: *«¡Levántate!»* y vuelve a la vida (Mc. 5,21). A Marta y a María les devuelve su hermano Lázaro, ya cuatro días enterrado, y cuyo cuerpo había entrado en descomposición (Jn. 11).

¿Cómo hacía Jesucristo los milagros?

Jesucristo ejecutaba el milagro espontáneamente, soberanamente, no sólo con una sere-

nidad augusta, sin temor, sin esfuerzo, con toda sencillez, pero a la manera de un ser superior y transcendente, que obra por virtud propia y por iniciativa propia. Los milagros no le cuestan más que a nosotros las acciones más ordinarias, y para obrar milagrosamente, no tiene necesidad de desplegar gran magnificencia ni gran aparato, le basta una palabra.

Al leproso que se le presenta diciendo: «Si tu quieres, puedes curarme» Jesús le dice: *«Quiero, queda limpio»*. Y al paralítico: *«Levántate, toma tu camilla y anda»*, y al ciego de Jericó: «Vete, tu fe te ha salvado». E inclinándose sobre el féretro del hijo de la viuda de Naín: *«Joven, yo te lo mando, levántate»*. Y a Lázaro: *«Sal de la tumba»*...

Todos reconocen al oírlo que Él es el dueño de la naturaleza y de la vida...

Mas todavía: Su palabra obra a distancia los mismo que de cerca. La cananea no le presenta su hija; esto, no obstante, la libra de su mal. El centurión que tiene un siervo enfermo y a punto de morir no llevó a Jesús a su lecho, Jesús al ver su fe curó a su siervo a distancia con sólo decirle: *«vete, como creíste, se te cumpla»* y en aquel momento se sanó al criado (Mt. 8,5 ss)...

Jesús afirmó con la mayor claridad que sus milagros son la demostración auténtica de su divinidad. El fin supremo que asigna a sus obras consiste en probar, sin la menor réplica, que la verdad fundamental de su enseñanza, a saber, que es el Hijo de Dios, Dios como su Padre. Obra para su propia gloria y para introducir en el mundo el soberano imperio de su inteligencia y de su voluntad.

Cuando se dirige al paralítico que le presentan en una camilla, le dice: *«Hijo, confía, tus pecados te son perdonados»*, los escribas y fariseos se escandalizan y dicen para sus adentros: *Pero ¿quién puede perdonar pecados, sino Dios?*, Jesús se contenta con responderles: «*Para que sepáis que el Hijo del hombre tiene poder en la tierra para perdonar los pecados, le dijo al paralítico: «¡Levántate, echa a cuestas tu camilla y vete a tu casa!»*... (Mt. 9,1-8).

Cuando los judíos le dicen: Haces mal en hacerte Dios..., responde: *«Si mi palabra no os basta, creed en mis obras...»*, creed en los milagros que estáis viendo... Al final de su vida, entristecido de ver que tantos prodigios, tantos beneficios, tanto amor, tantos signos divinos no han podido vencer la obstinación ju-

día, exclama: *«Si yo no hubiera venido, y no hubiera multiplicado los milagros en medio de ellos, serían excusables... pero ahora no tienen disculpa»*.

Es verdad, después de tantas pruebas como Jesucristo nos dio de su divinidad, los que no le adoran, no tienen perdón. Son signos de reprobación, pero también de lástima.

Los judíos vieron muchos de los milagros que hacía Jesús. Uno de gran resonancia fue el de la resurrección de Lázaro, después de cuatro días cadáver y reconociéndolo ellos se decían: *«¿Qué hacemos que este hombre hace muchos milagros? Si le dejamos así, todos creerán en Él»* (Jn. 11, 47-48). La respuesta natural era: creer en Él, pero ellos, llenos de odio y envidia, siguen ciegos.

Los que se condenan son los que son más amantes de las tinieblas que de la luz, y huyen de ésta porque sus obras son malas (Jn. 2,19).

¿Hay todavía milagros?

No hay duda que cada día hay milagros del orden moral o espiritual. Un pecador que se convierte, es decir, que rompe consigo mis-

mo y con su pasado para convertirse en hombre nuevo, a pesar del poder del hábito; un escéptico que de repente se hace creyente; un depravado que se confiesa y repentinamente se eleva a la pureza perfecta, ¿no son milagros del orden moral? Y estos son milagros que se reproducen sin cesar. El gran milagro de la conversión del mundo se renueva cada día en conversiones particulares. He ahí ya algo prodigioso.

Pero, ¿hay en el día de hoy milagros más tangibles, más populares, más fáciles de comprobar, más demostrados, milagros del orden físico o material?

La prueba de que los hay es que, en nuestros días como en el pasado, la Iglesia canoniza santos, y sabido es que no se canoniza ningún bienaventurado sin un examen riguroso en que se compruebe algún milagro obrado por su intercesión, milagros que son estudiados, discutidos con severidad extraordinaria. Esta conducta de la Iglesia nos da el derecho a afirmar que todavía hay milagros.

En la actualidad el número de milagros es menor que en los primeros tiempos del cristianismo, porque no son tan necesarios, como entonces, para manifestar la verdad de la reli-

gión. Antes, los milagros eran necesarios, para hacer creer a todos en la divinidad del Salvador y en su doctrina. Entonces eran tan frecuentes que los paganos convertidos y los apologistas cristianos hablan de ellos como de hechos habituales. «Haced, pues, ver como nosotros vuestros milagros», escribía Tertuliano. «¿En dónde están los muertos que tu has resucitado?», dice Paciano al heresiarca Novato. La abundancia de milagros convirtió al mundo.

Si no hubieran sido testigos de grandes prodigios, los paganos, los sensuales, y los judíos, tan tercos, no hubieran podido convencerse de la divinidad de Jesucristo, pobre y crucificado, de la verdad de su doctrina, tan opuesta a sus ideas, de la divina misión de los apóstoles y sus sucesores...

El gran milagro: la subsistencia de la Iglesia Católica

La Iglesia católica subsiste desde su origen, a pesar de los cismas, de las herejías, de las persecuciones, de los sofismas, de las canciones o discursos obscenos; a pesar del tiem-

po, ese gran destructor de las cosas humanas, y esto sin verse sostenida por apoyo alguno humano. ¿No es éste un milagro que subsiste ante nuestra vista hace ya veinte siglos?

En el origen del cristianismo, hubo dos cosas que lo recomendaban: **los milagros y las profecías**, los milagros de Jesucristo y de sus enviados, y las profecías del Evangelio que anunciaban el triunfo de la religión cristiana. Los primeros cristianos veían los milagros, pero no el cumplimiento de las profecías que hacía su Maestro; esto no obstante, estaban obligados a creer en Él, y fácilmente creían, a causa de los milagros que veían. Nosotros no vemos los milagros que vieron nuestros padres, pero vemos el cumplimiento de las profecías del Evangelio y lo que vemos nos hace admitir fácilmente los milagros que no hemos visto.

En resumen, hay menos milagros que antes, pero hay un milagro que sustituye y corrobora todos los milagros de los primeros tiempos... La religión establecida, el mundo convertido, Jesucristo en pie hace ya veinte siglos, todas las profecías cumplidas en su persona y en su obra, ¿no es ésto la más hermosa demostración? ¿No es éste un prodigio que conviene a nuestro siglo, capaz de impresionar a las al-

mas rectas? Todavía se hacen milagros hoy en día; hoy menos que antes, pero hay los suficientes para los que quieren dejarse convencer... y tenemos los muchos realizados en Lourdes, de los que luego hablaremos hechos por mediación de la Virgen María. El triunfo de la Iglesia de Cristo estriba en el mismo Cristo, su Fundador, que fue muerto y resucitó al tercer día para nunca más morir. Compárense con Él los fundadores de otras religiones y ninguno puede igualarse con Él, ninguno de ellos ha muerto para redimir al mundo y ninguno ha resucitado como Él. Sólo Cristo es digno de todo honor y gloria. **Cristo vence, Cristo reina, Cristo impera**.

Milagros realizados por los Apóstoles

Muchos fueron los milagros que hicieron los apóstoles y recordaremos algunos que se nos refieren en el libro de los Hechos:

- El apóstol **Pedro** hizo varios milagros, entre otros los siguientes:

1) **La curación de un cojo** de nacimiento, al que ponían a la puerta del templo de

Jerusalén para pedir limosna a los que entraban en él. Pedro con Juan fijando la vista en él, al entrar en el templo, y cuando esperaba recibir algo de ellos, le dijo: *«No tengo oro ni plata; mas lo que tengo te doy: En el nombre de Jesús, el Nazareno, anda, y tomándolo de la mano derecha lo levantó, y al instante se le consolidaron los pies y los tobillos, y dando un salto se puso en pie y comenzó a andar, y con ellos entró en el templo andando, saltando y alabando a Dios y todo el pueblo le vio andar y alabar a Dios...»* (Hech. 3,1-10).

2) **La curación de Eneas en Lida (la actual LOD)**. Este hombre era un paralítico, que hacía ocho años que estaba en cama. Pedro le dijo: Eneas, Jesús el Cristo, te sana; levántate y arréglate, y al punto se levantó y le vieron todos los habitantes de Lida y Sidón, los cuales se convirtieron al Señor (Hech. 9,32s).

3) **La resurrección de Tabita** en Joppe (hoy Jafa). Puesto Pedro de rodillas ante el cuerpo de Tabita, oró y vuelto al cadáver, dijo: «Tabita, levántate, y ella abriendo los ojos, y viendo a Pedro se incorporó y levantada se la presentó viva a las personas que allí estaban llorando por ella. Esto se hizo notorio por todo

Joppe y muchos creyeron en el Señor (Hech. 9,32-35).

- **Curó a otros muchos**. Los que creían en el Señor se iban aumentando más y más, muchos hombres y mujeres, de tal manera que sacaban los enfermos a las plazas y los ponían en lechos y camillas para que al pasar Pedro, al menos su sombra cubriese alguno de ellos. De las ciudades vecinas de Jerusalén concurrían también mucha gente trayendo enfermos y atormentados por espíritus inmundos, los cuales eran todos curados. Por entonces por manos de los apóstoles eran muchos milagros y prodigios realizados en el pueblo... (Hech, 5,12-16).

Milagros realizados por San Pablo

1) **Cura a un cojo en Listra**. Era un hombre, imposibilitado de los pies, el cual era cojo desde el seno materno y nunca había podido andar. Este escuchaba la palabra de Pablo, quien fijándose en él y viendo que tenía fe para ser salvado, le dijo con fuerte voz: *Levántate derecho sobre tus pies, y él dando un salto echó a andar*. Entonces las multitudes al ver lo que

había hecho Pablo, levantaron la voz diciendo en su lengua de licaonia: «*Los dioses en forma humana han bajado a nosotros...*» (Hech. 14,7-11).

2) **Resucita a Eutico en Troade**. En un aposento alto donde estaban muchos oyendo un discurso de Pablo, sucedió que un joven que estaba sentado sobre la ventana, se durmió profundamente, porque Pablo alargaba la plática y llevado por el sueño cayó del tercer piso abajo y fue levantado muerto. Pablo bajó y dijo: «*No os asustéis, porque su alma está en él*», y el joven se levantó vivo con gran consuelo de todos (Hech. 20,7-12).

3) **Otros muchos milagros**. «También Dios obraba por mano de Pablo milagros extraordinarios, de tal suerte que aplicados a los enfermos pañuelos y delantales que habían tocado su cuerpo, hacían desaparecer de ellos las enfermedades y salir los malos espíritus» (Hech. 19,11-12).

4) **En Malta**. «En las cercanías de aquel lugar había un campo del principal de la isla llamado Publio, el cual nos recibió y hospedó tres días amistosamente y sucedió que el padre de Publio estaba en cama atacado de fiebre y disentería, al cual se le acercó Pablo, y

haciendo oración, le impuso las manos y sanó. Ante este suceso, los demás de la isla que padecían enfermedades, venían y eran curados... (Hech. 28,7-9).

Además en los Hechos de los Apóstoles se nos narran milagros realizados por el **diácono Felipe**, y así leemos en el texto sagrado:

«Los que se habían dispersado iban de un lugar a otro anunciando el Evangelio. Entonces Felipe bajando a la ciudad de Samaría les predicó a Cristo, y las multitudes atendían unánimes a sus palabras, porque oían y veían los milagros que hacía, porque de muchos posesos salían los espíritus inmundos, dando grandes gritos y muchos paralíticos y cojos eran curados. Por lo que hubo gran alegría en aquella ciudad» (Hech. 8,4-8).

Dios sigue obrando milagros por medio de los santos

En la Biblia leemos: *Bendito sea el Señor, Dios de Israel, porque sólo Él hace maravillas* (Sal. 72,18). *Tu obraste milagros y prodigios hasta hoy día en la tierra de Egipto y en Israel y en todos los hombres, e hiciste tan*

grande tu nombre, como se ve que es en el día de hoy (Jer. 32,20).

Notemos que sólo Dios hace milagros, y si actualmente los hacen los santos, es porque ellos han recibido de Dios tal poder de hacerlos. Fijémonos brevemente en los que han hecho algunos santos:

San Vicente Ferrer

Este santo murió el 5 de abril de 1419. Cuarenta años más tarde fue canonizado. La Comisión informadora recogió 313 testimonios, y Roma aceptó como tales, 873 milagros. La Bula de su canonización fue redactada por el papa Calisto III y promulgada a su muerte por Pío II, y en ella se dice:

«La divina virtud hizo por él muchos milagros para confirmación de su predicación y vida.. Porque a muchos demonios echó de los cuerpos humanos, a muchos sordos hizo oír, y a muchos mudos, hablar; alumbró ciegos, limpió leprosos, resucitó muertos y dio salud a otros que estaban afligidos con muchas enfermedades".

Teníanle todos por hombre alumbrado de Dios e ilustrado con revelaciones, y por profe-

ta, que con luz divina veía las cosas ausentes o futuras como si las tuviera presentes y delante de los ojos. Una vez predicando en Zaragoza, comenzó a llorar amargamente, y de allí a poco se enjugó los ojos y calló, y después de haberse sosegado, dijo que en aquella hora había expirado en Valencia su madre; y poco después se supo ser verdad su muerte.

Predicando el santo en las plazas y en los campos a innumerable gente, todos oían lo que decía, así los que estaban lejos como los que estaban cerca; y predicando en lengua valenciana a personas de diferentes naciones y lenguas, le entendían como si predicara en su propio idioma.

Después de muerto, se dice de él, que Dios hizo tantos y tan grandes milagros por su intercesión como los había hecho estando en vida.

San Francisco Javier

Este fue un santo sacerdote misionero que fue a las Indias a predicar el Evangelio a aquello pueblos bárbaros, pasó luego al Japón y después de haber convertido cerca

de tres millones de infieles, murió a las puertas de China.

Merecen mención algunos de los conceptos que escribió en muchas de sus cartas para que veamos cuán grande era su celo apostólico.

En una dirigida a sus compañeros residentes en Roma les dice: «Muchos cristianos se dejan de hacer en estas partes por no haber personas en tan pías y santas cosas se ocupen. Muchas veces me mueven pensamientos de ir a los estudios de esas partes dando voces, como hombre que tiene perdido el juicio, y principalmente a la Universidad de París, diciendo en Sorbona a los que tienen más letras que voluntad para disponerse a fructificar en ellas: ¡cuántas almas dejan de ir a la gloria y van al infierno por negligencia de ellos!... y les invita a que reflexionen y digan: «Señor, aquí estoy, ¿qué quieres que yo haga? Envíame donde quieras; y si conviene aún a los indios...».

Y en otra carta, también desde Cochin de la India, costa de Malabar, dice: «Os hago saber cómo Dios nuestro Señor movió, en un reino donde me ando (era Travancor), mucha gente a hacerse cristiana: fue de manera que en un mes bauticé más de diez mil personas, después de prepararlas enseñándoles el Padrenuestro, el

Credo y Mandamientos, mandándoles quiebren y hagan añicos todos los ídolos que guardan en sus casas... Es tanta la multitud de los que se convierten a la fe de Cristo en esta tierra donde ando, que muchas veces me acaece tener cansados los brazos de bautizar, y no poder hablar de tantas veces decir el Credo y mandamientos en la lengua de ellos y las otras oraciones...

Muchos fueron los milagros que hizo Dios por medio de Francisco Javier convirtiendo a gente notable... y tiene frases como éstas: Hasta ahora habían vivido como brutos animales, que de aquí en adelante querían vivir como hombres, conociendo y sirviendo a Dios... por estas cosas que os escribo, podéis saber cuán dispuesta está esta tierra para dar mucho fruto. Orad, pues, al Dueño de la mies, que envíe operarios a su viña... Confío en Dios nuestro Señor, que este año haré más de cien mil cristianos, según hay mucha disposición en estas partes...

Otra carta de San Javier dirigida a San Ignacio

En esta carta se nos habla de un milagro, que sirvió para mover a los paganos a la fe

cristiana. En su carta, en la que intercala palabras latinas dice así: «De camino a los lugares de los nuevos cristianos, pasé por un lugar de gentiles, donde ninguno quería hacerse cristiano, aunque veían que los lugares circunvecinos lo eran: daban por causa que eran vasallos de un señor gentil, el cual les había prohibido abrazasen la Fe de Jesucristo.

Aquí, pues, una mujer había tres días que se hallaba con grandes dolores de parto, y tan apretaba, que los más desesperaban de su vida, y aunque hacían sus súplicas a los dioses (como los ruegos impíos son aborrecidos de Dios, *quoniam dii gentium daemonia*), no sólo no surtían efecto, sino que el peligro crecía, y cada instante era mayor. Yo entonces con uno de mis compañeros, me fuí a la casa de la enferma, y lleno de confianza, empecé a invocar *nomen Domini*, sin acordarme de que estaba en una tierra extraña y toda de gentiles; si bien tenía presente aquello de David: *Domini est terra et plenitudo ejus, orbis terrarum et universi qui habitant in ea.* Y valiéndome de intérprete, determiné declarar a la enferma los principales misterios de nuestra santa Fe; ella ilustrada de Dios, por su misericordia infinita, creyó todo lo que yo le decía, y preguntándola

si quiere ser cristiana, me respondió que sí: entonces diciéndole primero el Evangelio (que nunca había sido oído allí) la bauticé, y lo mismo fue acabar de bautizarla, que parir aquella mujer que *in Christo speravit et credidit*, un niño: hice lo mismo con éste, con el marido y demás hijos y con toda la familia: inmediatamente se divulgó por todo lugar el milagro... (Carta al P. Ignacio de Loyola, *Tukutukin*, 23-5-1543).

Francisco Javier murió el 3 de diciembre del año 1552. Tenía 46 años. Los portugueses pusieron en cal viva el cadáver del Santo, para que, consumiéndose sus carnes, pudiesen trasladarse pronto los huesos. Pasaron dos meses, y, al abrir el ataúd, vieron admirados que el santo cuerpo estaba intacto. Trasladáronle a Goa, donde todavía se venera, dentro de un relicario de plata, en la Iglesia del Buen Jesús.

El brazo derecho, que de bautizar a tantos infieles se le quedaba paralizado de cansancio, fue separado del cuerpo el año 1614 y enviado a Roma, donde se le venera en la iglesia del *Gesú*.

El milagro que más contribuyó a popularizar el culto del santo apóstol de las Indias y

del Japón, ocurrió el año 1634 en un colegio de Nápoles. El joven padre jesuita Marcelo Mastrilli, se hallaba agonizante a consecuencia de una profunda herida que le produjera en la cabeza un martillo caído de diez metros de altura. Como deseaba ardientemente consagrarse a las misiones, se encomendó a San Francisco Javier, y logró de sus superiores licencia para hacer voto de ir a las Indias, si alcanzaba la curación; pedía además la gracia del martirio. Ahora bien, desde el siguiente día, el moribundo, curado ya, pudo decir Misa. Murió por la Fe a 17 de octubre de 1673 en la ciudad de Nagasaki.

El milagro de San Genaro en Nápoles. No es posible explicarlo por causa natural. La sangre del obispo de Benevento, degollado en 305 bajo Diocleciano, contenida en dos redomas, se hace fluida tres veces al año: el sábado que precede a primera dominica de mayo, el día de la fiesta del Santo (19 sept.) y el día de su patrocinio (16 dic.)

Según la declaración firmada de los *Deputati de la Capella del Tesoro* (AA.SS.t.45, p.841) la «liquefacción sucede a veces en un momento; otras, tarda... No rara vez sucede

mientras se da a besar la reliquia a los fieles». Respecto de la pureza y autenticidad de la sangre, del cambio de peso, como también respecto de la imposibilidad de un engaño, se han hecho análisis y presentado juicios escrupulosísimos.

También se considera como un milagro perenne el de la incorrupción de los cuerpos de algunos santos, como el de Santa Teresa (m.1582) en el convento de carmelitas de Avila; el de Santa Isabel de Portugal (m.1336) en las clarisas de Coimbra; el de San Francisco Javier (m.1552) en Goa, en la India; el de Santa Catalina de Bolonia (m.1463 en las clarisas de Bolonia; el de San Juan de la Cruz (m.1591) en Segovia; el de Santa María Magdalena de Pazzis (m.1607) en Florencia; el de Santa Electa (m.1663) en Praga; la lengua de San Juan Nepomuceno se conserva incorrupta más de 500 años, y se muestra en Praga todos los años ocho días, desde el 16 de mayo (en un relicario adornado con 1.200 diamantes), para ser venerada de los fieles.

También se mantiene incorrupta la de San Antonio de Padua, y el brazo derecho de San Esteban, rey de Hungría (m.1038), en la capilla del castillo de San Segismundo en Ofen,

y todos los años se sacan en procesión el 20 de agosto.

Estos cuerpos no fueron embalsamados, y muchos de ellos estuvieron muchos años en tierra, y no dan mal olor, sino algunos lo despiden agradable, ni están algunos de ellos rígidos, sino flexibles.

Milagros obrados por mediación de la Virgen

Vamos a referir algunos de los milagros que Dios ha obrado por la Virgen María, a la que por sus diversas apariciones la solemos llamar: la Virgen de Lourdes, de Fátima, de la Saletta, etc. según el lugar donde se ha aparecido.

Uno de los santuarios más célebre del mundo donde suelen acudir en mayor número de Peregrinos es en Lourdes.

Desde el año 1858 en que tuvo lugar la primera aparición de la Inmaculada a Bernardita Soubirous, fueron registrados hasta 1945, más de 4.300 curaciones milagrosas. A éstas han sucedido muchísimas más hasta nuestros días, las que podrán verse registradas en aquella Basílica levantada en honor de la Virgen.

Uno de los primeros milagros impresionantes fue el de Gabriel Gardán, que fue conocido en toda Francia. Después de un choque de trenes, queda reducido a una masa informe de carne. Le llevan al santuario. Curado repentinamente, salta de la camilla, durante la procesión ante miles de peregrinos. En la oficina de comprobación le esperaban 60 médicos que atestiguaron el milagro (Fichero La Salle, 1-5,5- pp.875-884).

La Virgen de Fátima en Madrid

Antes de enumerar detalladamente algunos milagros, especialmente de los realizados en Lourdes, creo merece especial mención lo sucedido en Madrid en mayo de 1948, cuando la imagen auténtica de la Virgen que se venera en Fátima vino a Madrid.

La mejor relación de todo lo que hizo la Virgen en la capital de España, es la carta que llena de agradecimiento, dirige el Patriarca Obispo de Madrid-Alcalá al obispo de Leiría (Fátima). Copiamos de ella los siguientes párrafos:

«No puedo encontrar palabras bastante expresivas para manifestar a V.E. tanto mi in-

menso agradecimiento como la maravilla celestial del paso de la bendita imagen de Ntra. Señora de Fátima por las calles y plazas de Madrid en estos nueve días... Una ola de lo sobrenatural, avasalladora, triunfante, superior a toda expresión humana. Sólo ella puede arrastrar así los corazones y ganarlos para su divino Hijo.

Vuestra excelencia ya está habituado a ver los triunfos de Ntra. Sra. de Fátima y puede formarse idea de lo que la Señora ha hecho en Madrid. Desde que entró en mi Diócesis, no ha cesado de conquistar almas, de congregar muchedumbres de centenares de millares de fieles y aun de muchos pobrecitos infieles: todos se postraban aclamándola delirantemente, llorando, rezando, cantando, nunca se ha visto cosa igual en Madrid... «Yo doy mis veinticinco años de apostolado por estos nueve días»...

Ella, la Señora, fue la que nos inspiró que en vez de tenerla siempre en el centro de Madrid, la llevásemos a los suburbios, cada noche a uno. Ella quería ir a buscar a los más pobres, a los más humildes, a los más abnegados, a los más desasistidos espiritualmente. ¡Y qué locura de amoroso entusiasmo despertaba! Me dicen los párrocos de los suburbios que

de los millares de millares de personas que han pedido confesión, más del cuarenta por ciento, hace quince, veinte y treinta años que no se confesaban.

Una noche al salir de la catedral para ir al suburbio de Tetuán de las Victorias llovió tan fuerte que temimos se deshiciera el acto. Vano temor. El gentío fue tan numeroso como las demás noches. Había que ver los millares de personas que presenciaban el paso de la procesión, arrodilladas en los charcos de agua, sin pensar más que en rezar a nuestra Señora. Y caso curioso. Una pobre mujer, portera de una casa del trayecto, como le hubiesen preguntado si había ido a ver a Ntra. Sra. de Fátima, contestó:

- Yo no tengo tiempo; tengo demasiado que hacer... ¡Como no venga Ella a verme a mi...!

Pues al pasar por esa calle dio la casualidad que empezó a llover tan fuerte y aparatosamente, que se temió que el palio no resistiese el agua, y decidieron meter la imagen en un portal hasta que amainase un poco la lluvia. Y la metieron justamente en el portal de la casa de que era portera aquella mujer. La Virgen Santísima había ido a verla. Y ella quedó anonadada y como fuera de si».

¿Hubo milagros aquellos días?

El Sr. Obispo sigue diciendo: «De milagros corporales (salvo lo que dictamine el tribunal que examinará los casos), tengo noticia de unos quince: muchos casos de curación de parálisis; otros de meningitis tuberculosa... Hay casos verdaderamente emocionantes y maravillosos... He aquí uno de mucha ternura y delicadeza maternal de nuestra Señora:

Una buena viuda, con la pierna tiesa por descomposición de los huesos, dada por incurable hace ya tiempo por los médicos, vive de hacer sombreros que vende: es hija de un general y viuda de un marino, a quien mataron los rojos. Fue llevada a la misa de enfermos; pasó todo el tiempo llorando emocionadísima; estuvo pidiendo a Nuestra Señora no que la curase a ella, sino que curase a los demás enfermos, y orando por la Iglesia y por España, por el Papa, por el Obispo:

- «No te pido que me cures a mi, Madre mía, sino sólo que me sigas dando fuerzas para trabajar, y que cures a los demás». ¡Qué alma tan hermosa! Y Nuestra Señora la curó a ella. El gran médico señor Durán dice que, dada la enfermedad que padecía, es un caso ciertamente milagroso.

En fin, queridísimo hermano, que han sido nueve días de cielo, de tanto fervor religioso, de tantas conversiones, de tan delirantes manifestaciones de amor a la Señora, que creo que Ella ha venido a iniciar en Madrid la cruzada de purificación de costumbres que Ella quiere de España, para la conversión de Rusia... Reciba el abrazo más de corazón que haya recibido en toda su vida y la gratitud eterna de su afectísimo hermano y amigo. Leopoldo, Patriarca Obispo».

Nota de la prensa, 29-5-1948: «Unas 800.000 personas acuden a visitar a la Virgen de Fátima durante todo el día sin interrupción en Madrid. Por la mañana en la misa de enfermos, asisten 8.000, muchos de ellos en camillas. Hubo nueve curaciones repentinas. Asistían a los enfermos cerca de un millar de enfermeras y un centenar de médicos. Celebró la Misa el Patriarca de Lisboa, y 14 sacerdotes le ayudaron a repartir la Comunión. La primera curación fue la de la paralítica María Teresa Téllez, que se levantó de su camilla y por sus pies se dirigió al altar. Dieron noticia de la curación por los micrófonos. Poco después dos personas, una paralítica y otra ciega, Fulgencia Baz Sánchez y Mercedes López de Linar, que padecía hemiplegía y recobró el habla»...

Despedida apoteósica de la Virgen. Una enorme muchedumbre de todas clases sociales despide en Madrid a la Virgen de Fátima. A la Misa Pontifical por la mañana asistió el Jefe del Estado, el Gobierno en pleno, el Consejo del Reino, dos cardenales, y 10 arzobispos y obispos. Embajador de Portugal, Alcalde de Madrid, etc. La procesión se dirige hacia el paseo de Rosales. Llevan las andas: Jefes del ejército español, tenientes alcaldes y concejales y oficiales de la escolta del Generalísimo... y cientos de bengalas iluminan a la imagen al descender de las andas... y a la una de la madrugada, llegó a Toledo y en la plaza de Zocodover es recibida por 30.000 personas con el Cardenal Primado...» (Hoja del Lunes, 31 mayo 1948).

El milagro de las palomas

Hay cosas que llaman grandemente la atención, y una de las que ami me la llamó fue el ver, en las grandes procesiones que tuvieron lugar al venir por primera vez la imagen de la Virgen de Fátima a España, tres palomas, que permanecieron varios días y noches posadas a los pies de la

imagen sin apartarse de ella a pesar de las miles de personas que la acompañaban.

El que escribe estas líneas, puede decir a mis lectores que yo presencié este hecho y lo considero como verdadero milagro, pues a los que querían espantarlas no lograban más que se elevaran algo por encima de la imagen para volver a posarse en el mismo sitio.

Yo he oído contar el origen primitivo de este hecho real. Se refiere que en Portugal una señora llamada María Emilia fue al mercado a comprar seis palomas con el fin de ofrecérselas a la Virgen cuando llegase en procesión a su pueblo.

La vendedora de las palomas, la señora Martins, le dijo a la señora Emilia al comprárselas, que ¿para qué quería tantas palomas? A lo que le contestó: Es que no son para mi... Bueno, lo son, aunque quiero soltarlas mañana en Bombarral, cuando pase la Virgen.

Los pueblos del trayecto que debía recorrer la milagrosa imagen habían empezado ya a engalanarse dignamente para recibirla. Colgaduras de todas clases eran colocadas en balcones y verdaderas alfombras de flores iban quedando extendidas en las calles para honrar a la Virgen.

Cuando la señora Emilia llegó a su casa con las palomas, mandó llamar a un niño, al que había escogido para aquella misión de ofrenda. Le enseñó los animalitos que había colocado de momento en una jaula, y le dijo: Estas palomas se las vamos a ofrecer a la Virgen. Y el niño le dijo: ¡Si ella no se mueve! ¡No podrá cogerlas!. La señora le explicó: La imagen que vamos a ver mañana, es sólo una representación de una Señora muy buena allá arriba «de verdad» y no como en la imagen quieta, sin poder coger nada, y Ella verá que le damos las palomas. ¿Y cómo se las daremos?, dice el niño. No tenemos que dárselas. Sólo echarlas a volar. Ya comprenderá nuestra intención.

¿Entonces yo.. tengo que soltarlas... y nada más? Eso es lo que quiero que hagas. Que sean unas manos puras las que hagan esta ofrenda. Y cuando pase la Virgen, tu abrirás la cesta e irás sacando las palomitas para echarlas a volar.

- Bueno, si usted lo quiere... Pero ya luego no las veremos... Se marcharán lejos. Yo quisiera ponerlas junto a la Virgen y que no se movieran.

- Eso no es posible, pequeño. Casi sería... un milagro.

Momento de soltar las palomas

Cuando llegó la imagen de la Virgen a Bombarral, el niño casi no pestañeaba mirando a aquella Señora vestida de blando. Recordaba lo que le habían contado acerca de aquellos tres niños que la habían visto «de verdad» y habían hablado con Ella...

Al fin la señora María Emilia le llama la atención al niño y le dice: Suéltalas ahora... Abriendo la cesta con manos algo temblorosas, tomó una de las palomas y la echó hacia lo alto. Así una y otra vez hasta que el cesto estuvo vacío.

Después siguió el vuelo de tres de ellas, que después de dar una vuelta sobre la imagen, se perdieron en lontananza. Algo entristecido, estaba viendo que se habían marchado, cuando, de pronto, oyó que alguien exclamaba cerca de él: ¡Mirad esas palomas! ¡Se han colocado a los pies de la Virgen!

Doña Emilia miró también rápidamente hacia dicho lugar. ¡En efecto, tres de las que había soltado estaban ahora sobre las andas, como acogidas a la protección de la Soberana!

- ¡Mire, doña María Emilia! ¡Mire!, exclamaba el niño, entusiasmado: ¡No se han ido todas!

Este suceso insólito llamó la atención de todos, porque pese a las aclamaciones de cuantos rodeaban la imagen, los bellos animalitos permanecían así, como si también quisieran rendir su sencillo homenaje. ¡No se mueven! ¡No se mueven!

Doña María Emilia emocionada, tenía que secarse los ojos con el pañuelo. ¡Es como un milagro..., repetía. Nunca pensé que unas sencillas palomas... compradas por mi... Y le parecía que la Virgen, desde allá arriba, le decía: Me gustan mucho las palomas que me habéis ofrecido... Mira si me gustan que esas tres me acompañarán durante todo este viaje...

Y así fue realmente, causando mayor asombro a medida que pasaban los días. Nadie podía explicarse como aquellos animalitos, a los que nadie había adiestrado, continuaban en aquel lugar, de pueblo en pueblo, sin moverse para nada. Se arrojaban flores a la imagen se aplaudía, se vitoreaba, había música a veces en torno suyo y entusiastas cantos.

Todo parecía tener que ahuyentar a aquellos pequeños seres. Y no obstante continuaban allí, tranquilamente a los pies de la refulgente Dama. ¡Trece días siguieron en aquel lugar! No abandonaron a la Reina Celeste hasta

que hizo su entrada triunfal en la Parroquia de Nuestra Señora de Fátima en Lisboa.

Otros milagros realizados por medio de la Virgen

Ciego agradecido

Enrique Lasserre, célebre abogado y escritor francés, se quedó ciego, se encontraba lleno de pecados, pero tenía aún fe... Puesto en curación por dos ilustres doctores de París, no obtuvo mejoría alguna.

Un antiguo amigo de Lasserre, Freyeinet, que fue más tarde ministro, le aconsejó el uso del agua de Lourdes. Ante la insistencia de su amigo pidió al párroco le enviase un poco de agua milagrosa de la Gruta de Lourdes... y mientras tanto se decía: Si yo fuera curado estaría obligado a renunciar a todo y hacerme un santo... Terminó por confesarse, buscando antes la salud del alma, para disponerse a recibir la salud del cuerpo. Después se humedeció con el agua los ojos, y al instante, fue devuelta la vista a aquellos ojos sin luz. Tuvo lugar esta curación el 10 de octubre de 1862.

Al irse a aplicar el agua a los ojos, dijo antes esta oración: «Dios mío, soy un miserable pecador, pero por tu misericordia y por mediación de la Virgen espero esta gracia. Perdonadme y curadme».

Lasserre fue agradecido a la Madre de Dios. Tomó en sus manos el libro que relata las apariciones de Nuestra Señora de Lourdes y leyó más de cien páginas sin percibir el menor cansancio.

Al tener noticia de algún milagro operado por intercesión de la Virgen, emprendía viaje si era preciso, para visitar a la persona en cuestión, y así quedaba auténticamente informado.

Con estos datos recogidos tan pacientemente, publicó un libro: «Nuestra Señora de Lourdes». Este libro se difundió por todo el mundo; en Francia solamente se hicieron 120 ediciones.

Un francés, muy rico. E. Artús, librero de París, depositó ante el Notario de París M. Turquet la suma de 15.000 francos, para ser entregados a cualquiera que demostrase que uno de los milagros citados por Lasserre, no era cierto o había sucedido sin intervención sobrenatural, y no hubo nadie que pasase a retirar tal suma.

O loco, o creyente fanático

Alexis Carrel, fisiólogo y filósofo francés (m.1944), autor de la «Incógnita del hombre» fue a Lourdes llevado por el excepticismo y la curiosidad. Cuando un amigo le preguntó qué clase de curaciones le harían admitir un milagro, respondió decididamente:

- Una pierna cortada que renaciese o una gangrena que desapareciese súbitamente, en este caso me convertiría en un **creyente** fanático o me volvería **loco**, pero estoy seguro de que no habrá tal caso.

Y, sin embargo, sucedió ante sus ojos un milagro de la especie que pedía. En 1903, el joven profesor Carrel, para quien no existía otra fe que la del experimento científico, hubo de enfrentarse con la fe sobrenatural personificada en María Bailly. Esta era una sencilla mujer, víctima de una tuberculosis avanzada. Decidió trasladarse a Lourdes para procurarse un milagro salvador. El médico examina a la paciente, que «se hallaba tendida de espaldas, incapacitada de mover los miembros esqueléticos, fríos y lívidos, los ojos desencajados y sin brillo, hundidos en las cuencas, los labios cárdenos, con 150 pulsaciones y la respiración apenas perceptible».

El viaje se realiza contra la opinión formal de Carrel, y la enferma es transportada a la piscina «para intentar -son sus palabras- el prodigio imposible de la resurrección de una muerta».

Carrel asistió a los sucesos, incrédulo y prevenido contra cualquier hipótesis de curación. Los que la asisten no se atreven a introducirla en el baño, y se limitan a mojarle el vientre con agua de la piscina. En ese mismo instante y en presencia del sabio, María se sintió súbitamente curada. El 6 de diciembre del mismo año vestía el hábito de las «Hijas de la Caridad de San Vicente Paúl», viviendo en esta congregación hasta su muerte, ocurrida en 1937.

Carrel, observado el proceso, «sin amor ni odio» no quiso pecar contra la luz y certificó científicamente lo visto, comprometiendo así ante el laicismo oficial de Francia el futuro de su prestigio profesional.

Su conversión se robustecería más con el siguiente caso.

Una madre se presentó angustiada a Carrel con un niño que se había fracturado una pierna. El médico le reconoció la herida. La parte

inferior de la pierna colgaba muerta, sostenida sólo por los músculos. El hueso estaba partido, y dejaba un hueco de parte a parte, de tres centímetros. Carrel expuso su opinión: no había remedio y era preciso amputar la pierna. La madre le preguntó si debía llevar al niño a Lourdes... El médico para no quitarle la esperanza asintió.

A los pocos días se presentó ante la Asamblea de Médicos de Lyon. Comunicó el hecho científico: la rotura y podredumbre del hueso. Toda la Asamblea dio el caso por perdido.

Entonces Carrel presentó al niño, que en la Gruta de Lourdes había quedado completamente curado... La Asamblea, materialista, ni se dignó ver siquiera el fenómeno, y el médico fue expulsado de su seno. Alexis Carrel ganó luego el «premio Nóbel».

La conversión de Riego

La figura del General Riego es tristemente famosa en la Historia de España. Sus ideas revolucionarias germinaron en una sublevación contra el monarca reinante, el voluble Fernando VII. Riego fue condenado a muer-

te. En aquellos momentos decisivos para su suerte eterna, pidió un confesor. Vino el P. San Vicente, dominico, se confesó a los pies del Padre, y confesó todas sus culpas con tanta sinceridad y dolor, que impresionaron al Padre.

- Dime hijo, ¿qué has hecho para merecer este favor de la Virgen?

- Padre, mi vida entera es un tejido de iniquidades; esto sólo recuerdo: cuando niño, mi madre me llevaba todos los días a la capilla del Rosario de Santo Domingo, en Oviedo, y allí rezábamos el Rosario a la Virgen. Murió mi querida madre, y desde entonces jamás dejé un solo día de rezar el Rosario.

- Basta, hijo, la Virgen te ha salvado. Dale las gracias y ten ánimo. Unos momentos de dolor en esta vida y después la Virgen te unirá a tu piadosa madre en el cielo.

Poco después subió al cadalso para entregar a Dios su alma arrepentida.

En el libro del padre Rivas O.P. se lee: «El general Riego murió ahorcado en la plazuela de la Cebada, de Madrid, el día 7 de noviembre de 1823. Para entrar en capilla pidió un confesor dominico. Tuvo una muerte edificante y cristiana».

¡Gracias, Madre!

El P. Atanasio Kircher, conocido en el mundo de la ciencia, tiene un hermoso ofrecimiento a la Virgen Ntra. Sra. de Montorella (Italia):

«Declaro, Señora, que todo lo que hasta ahora he podido alcanzar de erudición y ciencia... lo debo mucho más que a mi esfuerzo y a mis desvelos, a un rayo de luz y eterna sabiduría, recibido por particular don de vuestra maternal bondad. En testimonio de lo cual he firmado este documento con mi propia sangre...».

El mismo Padre nos cuenta cómo la Virgen le libró varias veces de la muerte. Es interesante entre todas una curación milagrosa:

El 2 de octubre de 1618 llegaba al noviciado de la Compañía de Jesús en Paderbom. Confiesa que por temor a no ser recibido en la Compañía había ocultado una enfermedad en las piernas que desde hacía años le molestaba.

En el noviciado aumentan los dolores. El médico, después de una revisión detenida comunica a los Superiores que se trata de gangrena. Tiene las piernas gangrenadas. Le avisan que debido a la enfermedad no podrá continuar en la Compañía.

El novicio se levanta aquella noche, cuando todos dormían, se dirige al coro de la Capilla, y desde allí suplica a la Virgen que le ayude en aquella prueba. Siente un convencimiento íntimo de que la Virgenle ha escuchado. Vuelve a la cama.

Al día siguiente se da cuenta de que su enfermedad había desaparecido. LLamaron al médico inmediatamente. Este no tuvo más remedio que atribuir aquella curación a un estupendo milagro.

El P. Kircher dice que hace pública esta curación sólo para dar las gracias a Dios y pregonar el amor de nuestra Madre María.

«Los ciegos ven...»

A corta distancia de la villa de Cuellar (Segovia), a orillas de un riachuelo rodeado de árboles, se encuentra el valle del Henar. En él se alza un templo de esbelta arquitectura, y en este templo recibe culto una imagen antiquísima de la Señora, que ha tomado el nombre del valle. La devoción que los fieles del contorno le profesan es tan grande, que no hay quien no rece a su Virgen ni acuda a visitarla en sus necesidades.

El matrimonio Francisco Barcenilla y Catalina García sufrían una gran tribulación. Su pequeño Juan, de diez años de edad, había quedado completamente ciego a causa de una viruela loca. No había esperanza de curación. Durante tres meses permaneció en tinieblas. Un criado le acompañaba en sus paseos diarios. Su madre sufría terriblemente con esta desgracia de su hijo.

Era una mañana de 1875. Se acercó a la cabecera del enfermito, que dormía profundamente, y besando aquellos ojos apagados dijo: Hijo mío, voy a pedir a la Virgen de El Henar que te devuelva la vista.

Sale la madre descalza y se dirige a la iglesia santuario de la Virgen. Postrada a sus pies le pide fervorosamente la curación de su hijo. Como en la historia evangélica del Centurión, el pequeño Juan se despierta en ese mismo instante, comenzando a ver unos bultos que cada vez eran más claros, hasta llegar a verlos con toda nitidez.

¡Que veo!, gritó, dando saltos de alegría. Salió de la habitación en busca de su padre. Ninguna fuerza humana podía retenerlo. Curado por la Virgen, quería salir al encuentro de su madre para contarle la nueva.

Saltando y brincando se encaminó al templo de la Virgen de El Henar, cuando divisó a lo lejos a su madre. Madre e hijo corrieron al encuentro en un abrazo mutuo, donde se desbordaron las lágrimas, el amor, el agradecimiento.

Que me cure o me mate

El carpintero de Lovaur (Francia), Francisco Macary, de sesenta años, hacía treinta que padecía varices.

El mal se complicaba frecuentemente con grandes llagas. Todos los médicos de Lavaur y algunos de Tolosa le habían asegurado que su mal era incurable. Su alma no estaba menos enferma. Había abandonado toda práctica religiosa. Durante las largas noches de insomnio, causadas por los dolores, mientras su mujer lloraba y oraba, Macary, furioso, blasfemaba.

En julio de 1871, desesperado, deseaba la muerte. Una tarde - el 16 de julio-, sintiéndose extraordinariamente agitado, quiso salir de su casa.

Sin saber a donde ir, entró a los pocos pasos, en casa de una de sus hermanas. Encontró

al Vicario de la parroquia, que marchaba a Lourdes.

- ¿Vais a Lourdes?, preguntó Macary, pues bien, decidle a la Virgen que me cure o me mate.

Y le rogó que le trajera un poco de agua de la gruta. Tres días después la tenía en su poder.

Escuchemos al mismo Macary: Había leido un libro sobre Lourdes que me había conmovido. Cuando tuve el agua entre mis manos me metí con ella en mi aposento. De rodillas oré a la santísima Virgen. Me quité mis vendajes y lavé con parte del agua mis pobres piernas. Bebí el resto y me acosté, quedándome dormido. Desperté a media noche. No sentía dolor y me palpé las piernas. Las varices habían desaparecido.

- ¡Mujer, estoy curado! grité.

- Te vuelves loco, calla y duerme.

Se apoderó de mi un sueño como no lo había tenido desde hace mucho tiempo. Al día siguiente al despertar, me apresuré a reconocer mis piernas: varices y úlceras, todo había desaparecido. La piel estaba más lisa que la de mis manos. Francisco Macary fue en peregrinación a la gruta llevando en ex-voto sus polainas que había usado durante estos años de

enfermedad. Tres médicos dieron testimonio del milagro.

María nos guardó

La terrible mortandad de la gripe epidémica, que avanzaba haciendo estragos, (año 1918), llegó a España. Como fuego en rastrojo, se extendió por Santander, entrando en todas las casas, segando vidas, dejando rastro de lágrimas...

Recién nombrada Superiora de la Casa Montañesa, tuve temor de la gravedad de la situación, pues no tenía experiencia ni costumbre de nada...

Y, como siempre, acudí a la Santísima Virgen María, mi Madre: «Yo no sabré prevenir ni evitar... Tu eres la Superiora de esta Casa; conserva estas hijas. Madre, que ninguna muera. Que el azote no entre aquí».

Esto le dije... Y en piadosa peregrinación nocturna, acompañada de la Madre Asistente, y evitando cuidadosamente ser vista, fui poniendo una imagen de la Señora en cada una de las puertas de la casa que tenían relación con el exterior. Las colocaba, rezábamos y ter-

minaba repitiendo: «Madre, que no entre», creyendo firmemente que no entraría.

No entró. Ella, la dulcísima Madre, cerró la entrada, sellando las puertas con su imagen.

Se sucedían incesantes los casos mortales. Llegaron a quedar insepultos los cadáveres, por no haber brazos ni tiempo suficientes para darles sepultura... Todas las casas que rodeaban la nuestra estaban invadidas y rendían a diario su tributo a la muerte..., pero ninguna en casa sufrió el más ligero catarro... Y no sólo eso. Ninguno de los que en casa entraban -capellán, monaguillos, etc- tuvo síntoma de la terrible epidemia.

Fue nuestro convento en aquella ocasión el arca santa entre las aguas del diluvio.

- ¿Qué han hecho ustedes? -nos preguntaban después- ¿Qué tomaron? ¡Si no hay familia en Santander que no haya tenido una, dos y a veces más víctimas? Pusimos nuestra confianza en la Virgen y Ella hizo lo demás. (MM. Reparadoras. Sevilla).

Un labriego belga ante María

Un labriego llamado Pedro Ruder de 52 años de edad, estando un día en el campo al

cortar una rama de un árbol se le cayó encima y le partió una pierna. Se llamó a consulta a varios médicos de Bruxelas. Todos convinieron en que la fractura era incurable, y que debía amputarse la pierna. El enfermo rechazó la medida y decidió ir a postrarse ante la Virgen de Lourdes y pedirle el milagro de su curación.

El 6 de abril de 1875 seis personas conocidas de Ruder asistieron a las curas y pudieron ver el estado de una llaga enorme, partido el hueso de la pierna, con llaga tan grande, que no tenía remedio humano.

El día 7 de abril el enfermo quiso le llevasen en tren ante la gruta de la Virgen de Lourdes. La pierna manaba sangre y pus. El hecho es que postrado ante la imagen de la Virgen le pidió con fe su curación y en el momento quedó soldada la pierna y pudo arrodillarse, y todos se quedan admirados. Inmediatamente se le hizo un examen de la pierna y del pie. Las úlceras estaban cicatrizadas y los fragmentos de la tibia y del peroné sólidamente adheridos. Ruder puesto en pie firme, pudo ya andar y volver a tomar el tren o autobús para regresar a su casa.

Los médicos que le habían aconsejado amputar la pierna, al verlo se admiraron de cómo

había sido soldada aquella pierna. Su curación fue tan espléndida, que iluminó y convirtió a varios doctores racionalistas.

Advertencia:

Son muchísimos los ejemplos que pudiéramos narrar de curaciones milagrosas obradas por mediación de la Virgen de Lourdes, y no añado ya más a las anteriores referidas. Solamente diré que cerca de 70 curaciones milagrosas han sido narradas con gran riqueza de documentos por el doctor Boisarie, que fue Presidente del Oficio clínico-médico de Lourdes, en su libro: «Las grandes curaciones de Lourdes», y en otros como los «Anales de Ntra. Señora de Lourdes» y el Semanario: «Diario de la Gruta», etc.

Dos milagros históricos incuestionables e irrebatibles

1. El cojo de Calanda. El cojo de Calanda se llamaba Juan Pellicer, a quien tuvieron que amputarle una pierna porque habiendo sufrido un accidente se le infectó de gangrena. Se la cortaron por debajo de la rodilla y le pusieron una de palo, para que, con ella y con dos muletas pudiera andar. Y como de esta forma no podía valerse para los trabajos del campo que antes hacía, se trasladó a Zaragoza y se puso a pedir limosna a las puertas del Santuario del Pilar, donde alternaba con la oración a los pies de la imagen de la Virgen del Pilar, de la que era muy devoto. Así estuvo tres años, desde 1637 que le habían cortado la pierna, hasta 1640 que volvió a ver a sus padres en el pueblo de Calanda (Teruel).

Cuando Juan regresó a casa de sus padres, viéndolos con tanto trabajo, intentó ayudarles, y habiéndose cansado más de lo normal, por la noche se acostó temprano encima de un jergón que su madre le había acomodado cerca de su cama. Y cuando más tarde sus padres se disponían a acostarse, al pasar por junto la cama de su hijo, con gran sorpresa vieron que

le asomaban dos pies por debajo de las mantas. Pasmados con tan gran milagro, que no acertaban a creer, le despertaron con gritos de alegría y admiración. Oyendo el alboroto acudieron los vecinos, y todos admirados lloraban de alegría estupefactos y atónitos de ver un milagro tan grande y maravilloso.

Al día siguiente todo el pueblo asistió a la Misa de acción de gracias que celebró el Señor Vicario de Calanda. Tres días después, el notario de Mazaleón, D. Miguel Andreu levantó acta del caso ante numerosos testigos, y el 5 de junio del mismo año 1640 se incoa proceso formal en el Tribunal Eclesiástico de Zaragoza a instancia de los Jurados de la Ciudad, del Concejo y de la Universidad, y el 27 de abril de 1641 dicta sentencia el Arzobispo Apaolaza en los siguientes términos: "Con el parecer y consejo de los infraescritos ilustres Doctores..., decimos, pronunciamos y declaramos que a M.J. Pellicer le ha sido restituida milagrosamente su pierna derecha que antes le habían cortado". Firmaron como testigos los médicos y ayudantes que le habían cortado la pierna y muchísimos vecinos y conocidos que le habían visto mendigar durante tres años con su pierna de palo. Tan sonado fue el milagro que hasta

el mismo rey Felipe IV le llamó a Madrid, le oyó con sumo interés la relación del suceso, y, arrodillándose, besó reverentemente la pierna restituida por la Virgen del Pilar.

2. El milagro solar de Fátima. Este es quizá el milagro moderno más comprobado y demostrado, porque fue anunciado con anterioridad y porque lo presenciaron más de setenta mil personas entre los cuales estaban los reporteros de todos los periódicos de Portugal.

Los pastorcitos de 7, 9 y 10 años que vieron a la Virgen y que inocentemente lo dijeron a sus padres fueron terriblemente perseguidos por las autoridades ateas portuguesas que trataban de forzarles y les apremiaban para que se desdijeran y confesaran que habían mentido y que nada de lo que habían dicho era verdad. Incluso, a pesar de su corta edad, los metieron en la cárcel y sacándolos del calabozo uno por uno, les hacían creer que a su compañero lo habían abrasado en una caldera de aceite hirviendo, que si no decían la verdad ellos iban a morir del mismo modo.

Por este motivo, y porque las persecuciones no cesaban, ellos pidieron a la Virgen que

hiciera algún milagro público para que todos creyeran y los dejasen en paz. Y la Santísima Virgen les prometió que haría un gran milagro en Cova de Iría en presencia de todos y les dijo el día en que iba a suceder. Como los niños lo dijeron, ese día en Cova de Iría se juntaron más de setenta mil personas entre los cuales estaban todos los reporteros gráficos de toda la prensa portuguesa.

El día apareció muy lluvioso, y aunque muchos tenían paraguas, casi todos estaban completamente mojados y el suelo lleno de charcos. Y cuando ya muchos creían que nada iba a ocurrir, grita Lucía: "¡Mirad al sol!" En aquel momento desaparecieron las nubes y apareció el sol en forma de un enorme disco de plata que despedía haces de luz de todos los colores. La muchedumbre contemplaba estupefacta aquella maravilla. Y, de pronto se siente la sensación de que aquel disco de fuego enorme se desprende del firmamento y, haciendo zigzás de derecha a izquierda, se precipita sobre la tierra. La gente asustada unánime prorrumpe en gritos de espanto, y cayendo de rodillas sobre los charcos todos claman en alta voz pidiendo perdón y misericordia. En aquel momento no había incrédulos, arrodillados

todos en el barro lloraban asustados y pedían perdón...

Esto duró como unos diez minutos, y cuando todo acabó, sorprendidos se dan cuenta que todos están completamente secos. ¡En solamente diez minutos los charcos de agua habían desaparecido y sus vestidos se habían secado!

Si este prodigio hubiera ocurrido hace mil años, quizá muchos dirían que era un cuento; pero ocurrió en el siglo XX, y hoy día aun viven muchos testigos que lo vieron, y además, en Portugal están archivados los periódicos que explican el suceso y contienen las fotografías de las gentes asustadas mirando al sol, que yo mismo he visto, como también puede verlos todo el que lo desee.

El Editor.

ÍNDICE

PRESENTACIÓN 3
LOS MILAGROS EN LA BIBLIA 5
- Qué es un milagro y quién puede hacerlos? 5
- ¿Es posible que haya milagros? 7
MILAGROS REFERIDOS EN LA BIBLIA 9
- Los narrados en el Antiguo Testamento 9
- Milagros en el Nuevo Testamento 10
- ¿Cómo hacía Jesucristo los milagros? 11
- ¿Hay todavía milagros? 14
- El gran milagro: la subsistencia de la Iglesia ... 16
- Milagros realizados por los apóstoles 18
- Milagros realizados por San Pablo 20
- Dios sigue haciendo milagros por medio de los santos 22
- San Vicente Ferrer 23
- San Francisco Javier y una de sus cartas dirigida a San Ignacio 24
- Milagros de San Genaro y otros más 29
- Milagros obrados por mediación de la Virgen ... 31
- La Virgen de Fátima en Madrid 32
- ¿Hubo milagros en aquellos días? 35
- El milagro de las palomas 37
- Momento de soltar las palomas 40
- Otros milagros realizados por medio de la Virgen 42

- Ciego agradecido 42
- O loco o creyente fanático 44
- La conversión de Riego 46
- ¡Gracias, Madre! 48
- Los ciegos ven 49
- Que me cure o me mate 51
- María nos guardó 53
- Un labriego belga ante María 54

Dos milagros históricos incuestionables
e irrebatibles 57